

Peter Guardino, *La marcha fúnebre. Una historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Grano de Sal, 2018, 534 pp.

Iván Segura Muñoz
Doctorante en Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara
Correo: ism1092@hotmail.com

RECIBIDO: 21-01-2020
ACEPTADO: 12-02-2020

Pocos episodios de la historia de México han generado tanta polémica y debate como la guerra con Estados Unidos, pues dicha experiencia marcó irremediabilmente el futuro de las dos naciones y dejó una profunda huella en la memoria colectiva de ambos pueblos hasta nuestros días. Desgraciadamente algo que ha caracterizado el debate historiográfico en torno a esta guerra es la falta de diálogo entre los historiadores estadounidenses y mexicanos, así como la continuación de discursos nacionalistas generados durante el conflicto, problema que Peter Guardino se atreve a enmendar.

En su libro, *La Marcha Fúnebre. Una historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, el autor ofrece una visión alejada de la óptica unilateral de la guerra. En primer lugar, la obra analiza las experiencias a partir de los dos beligerantes, contraponiendo y complementando las versiones gubernamentales. Asimismo, el texto se inserta en la “nueva historia militar”, que analiza los conflictos bélicos desde perspectivas más alejadas del campo de batalla, lo que convierte al trabajo en una historia sociocultural de la guerra que da voz tanto a combatientes y civiles que padecieron el conflicto.

A través de nueve capítulos, Guardino realiza un recorrido por ambas naciones, llevándonos por las salas de la Casa Blanca y el Congreso de Estados Unidos, donde se fraguó la guerra y se debatió sobre la justificación de la misma, para luego pasar a los diversos campos de batalla donde mexicanos y estadounidenses protagonizaron combates encarnizados. De igual manera, el relato nos remite al origen de estos soldados, pasando de las industrializadas ciudades costeras y las peculiares poblaciones del centro de Estados Unidos, a

los aislados pueblos del norte de México y sus ciudades de origen colonial que impresionarían a no pocos soldados estadounidenses.

Este recorrido y la correcta implementación de fuentes primarias, permite contraponer las acciones políticas con el contexto social en el que se desarrollaron, ofreciendo una rica ventana a la vida cotidiana de ambas sociedades, partiendo del choque cultural que hubo entre ambos bandos. La experiencia civil-militar juega un papel importante en el libro, por ello y para facilitar su comprensión, el trabajo se rige en tres ejes de estudio basados en las principales ideas contenidas en los testimonios: género, raza y religión.

Por medio de ellos es posible observar parte del choque cultural que también estuvo presente en la guerra al enfrentar a dos sociedades distintas, las cuales interactuaron en ocasiones de forma forzosa en este contexto de guerra. Gracias a estos ejes de estudio es posible observar que, si bien la identidad masculina y femenina tenían similitudes en ambos países, también existieron diferencias sustanciales que, por ejemplo, llevaron a que los soldados estadounidenses viesan a los mexicanos como afeminados.

La cuestión racial es una de las vertientes que tiene mayor presencia en los testimonios, pues como el autor señala, los soldados estadounidenses provenían de un país cuyas distinciones raciales y el fomento a la violencia eran la norma, e incluso parte de la identidad de la época. Por ello, en la propaganda de guerra y la experiencia de Texas durante su independencia, se les hizo ver a los estadounidenses que los mexicanos eran una raza inferior a la que podían dominar fácilmente. Por su parte, los mexicanos no eran tan distintos de sus enemigos, pues también quedaba patente la marcada distinción que hacían entre las élites de ascendencia española y las poblaciones mestiza e indígena.

Finalmente, la religión aparece con un papel importante, especialmente en el discurso de guerra mexicano, el cual era consciente de las diferencias religiosas entre ambos países y del marcado anticatolicismo que existía en Estados Unidos, aspectos que fueron usados en su favor para dar al conflicto un nuevo tinte, al convencer a los mexicanos que se luchaba por la defensa de su fe.

Guardino evidencia que en el lado contrario se temía que la guerra se viera así en México, pues incentivaría la resistencia a los estadounidenses. Esto

motivó diversas proclamas por parte de los militares para convencer a la población de que la guerra no era contra el catolicismo. No obstante, las acciones de las tropas mostraron lo contrario al atacar numerosas propiedades de la iglesia y realizar afrentas a los rituales religiosos.

La investigación ofrece una nueva explicación para el resultado y desarrollo de la guerra, al concluir que la derrota de México no se debió a la falta de nacionalismo o unión de la población en contra de la invasión estadounidense, sino a la difícil situación económica del país, lo que presentó numerosas dificultades para el esfuerzo bélico.

Este objetivo lleva al trabajo a una serie de reinterpretaciones que ponen en tela de juicio algunas de las conclusiones hechas por historiadores y políticos de ambos países desde el siglo XIX hasta nuestros días —entre ellas destaca la aparente falta de unión nacional en México—, lo que se contrapone con los numerosos testimonios que se muestran en el trabajo, donde personas de distintos puntos del país y de estratos sociales diversos donaron dinero o dejaron a sus familias y trabajos para ir a luchar contra la invasión.

Inclusive la enorme división política que existía en México en aquellos años hizo un esfuerzo por presentar un frente unido contra el enemigo. Por otra parte, el texto también expone la ambigüedad del nacionalismo estadounidense al mostrar cómo en diversos momentos del conflicto, especialmente tras el primer año de guerra, la población no quería apoyar el esfuerzo bélico, e incluso los hombres que en un principio se inscribían voluntariamente al ejército, comenzaron a poner objeciones para enlistarse.

Otro aspecto cuestionado, es la visión asimétrica en que se observa la guerra desde el punto de vista militar, pues Guardino reconoce que eran significativas las diferencias de ambos ejércitos, especialmente en la calidad del equipo y los recursos disponibles para la manutención de las tropas, sin embargo, acentúa que el desempeño de los mexicanos en el combate fue bastante respetable, oponiendo una resistencia tenaz en cada ofensiva, lo que resultó en numerosas bajas estadounidenses y el respeto de algunos oficiales y soldados pertenecientes al ejército enemigo.

Asimismo, las estrategias empleadas por los oficiales mexicanos no fueron erróneas o descabelladas como en ocasiones se cree, éstas fueron producto tanto de la situación como de la doctrina bélica de la época —a este punto, el autor reconoce que la formación militar de la academia de West Point no difería mucho del Colegio Militar de México—, no obstante, su fracaso impidió observar las ventajas que dichas maniobras hubiesen supuesto para la guerra, como el caso de la batalla de la Angostura, cuyos efectos en caso de una victoria mexicana posiblemente hubieran evitado la invasión del General Scott a Veracruz y por ende a la Ciudad de México.

Dentro de los aspectos militares más criticados por la historiografía hasta ahora, el desempeño de Antonio López de Santa Anna figura como uno de los más conocidos y consolidados, pues este personaje tan multifacético tuvo una participación preponderante en el conflicto con Estados Unidos desde el episodio de la independencia de Texas. Durante la invasión estadounidense fue cuestionado por sus decisiones políticas y militares, terminando así, como el principal responsable de la derrota de México, pues se le acusó de traición bajo la sospecha de que su dirección de la guerra siempre estuvo encaminada a facilitar la victoria estadounidense.

Lo que encontramos en el libro en cambio, son pruebas de los esfuerzos de Santa Anna por continuar la defensa del territorio mexicano y sus dotes de liderazgo que permitieron que el caudillo organizara ejércitos nuevos y muy numerosos tras cada derrota, además de hacer que consiguieran hazañas como cruzar el desierto con un gran ejército y luchar sin apenas comida y agua. A partir de lo anterior es que Guardino cuestiona el juicio que pesa sobre Santa Anna como traidor, señalando que fue gracias a él que México pudo continuar en la lucha tras cada desastre, aun cuando no se tenían insumos suficientes, negándole a Estados Unidos la victoria fácil y rápida que esperaban.

Así también, en el contenido se debate la visión de Estados Unidos como un adversario sumamente poderoso en aquella época. Contrario a lo que se piensa, el país estaba bastante dividido en el plano político, especialmente en lo que a la guerra respecta, al punto de que el presidente James K. Polk tuvo que manejar información a su conveniencia para justificar el conflicto y así convencer al congreso. La guerra misma fue una empresa que también supuso

grandes dificultades para Estados Unidos, pues los combates con los mexicanos llevaron hasta el límite a los estadounidenses, lo que se reflejó en varias victorias ajustadas y un número importante de heridos y muertos.

De igual modo se esperaba que tras unas pocas victorias México se rendiría, sin embargo, la resistencia de los mexicanos y el alargamiento de la lucha supusieron una grave carga para el tesoro estadounidense, y un incremento en las tensiones entre los que estaban en contra y a favor de la guerra.

Otro de los grandes aportes de esta obra es la sustanciosa evidencia sobre el perfil social de los actores, en especial en el de las tropas de ambos países. Tanto el ejército estadounidense como el mexicano tuvieron dos modelos de fuerzas militares, una de tipo profesional y otra de carácter civil, respectivamente.

El ejército regular estaba conformado por soldados de tiempo completo cuya formación marcial superaba la de sus homólogos civiles, no obstante, los integrantes de las fuerzas regulares fueron mal vistos en ambos países ya que el oficio de las armas era tenido como mediocre y ligado a los bajos fondos de la sociedad. En el caso estadounidense, los hombres que ingresaban al ejército eran por lo general personas de escasos recursos o inmigrantes que vivían en las ciudades de la costa este donde no había muchas opciones de trabajo, por lo que la oferta de una paga constante, alimento y la posibilidad de viajar sin costo a las tierras del oeste —cuya oferta de trabajo era mayor—, suponía una oferta tentadora aunque reprochable a ojos de la sociedad de aquella época, que tenía en alta estima la libertad individual, la cual se reducía considerablemente bajo la disciplina castrense.

Por otra parte, en México se temía bastante los efectos socioeconómicos que tenía el reclutamiento, especialmente en las pequeñas comunidades, por lo que dicha práctica además de impopular se prestó para que las autoridades locales se deshicieran de los criminales y demás personas consideradas como indeseables, lo que otorgó al ejército la fama de ser una institución que concentraba a lo peor de la sociedad mexicana.

Por el contrario, las fuerzas de carácter civil eran vistas con ojos totalmente distintos, los soldados que las conformaron eran civiles que fungían como combatientes ante la necesidad que ambos países tuvieron que movilizar más hombres para la guerra. Estas personas pertenecían a familias con suficientes recursos para la supervivencia diaria, pero bajo el ideal del “ciudadano-soldado”, tenían la obligación cívica de combatir por su país, por lo que eran bien vistos al pertenecer a estratos respetables de la sociedad y dar ejemplo de patriotismo.

En el caso estadounidense se organizaron como unidades de voluntarios, y en el mexicano fueron reclutados bajo la organización de la Guardia Nacional. En ambos casos, la creación de estas unidades fue delegada a los gobiernos estatales, por lo que la composición de ellas respondía a lugares en común, hecho que las dotó de identidades regionales específicas al integrar su lugar de procedencia en el nombre de cada batallón.

Otro rasgo que resalta en la obra es que los voluntarios estadounidenses carecían de disciplina, debido a la libre elección que hicieron para tomar parte en la guerra, pues no se sentían obligados a seguir el reglamento del ejército al pie de la letra. Esta creencia tomó aún más fuerza al evitar que se les comparara con los soldados regulares, a quienes veían como inferiores por estar obligados a servir en el ejército por cinco años, hecho que limitaba su libertad y les volvía afeminados según las creencias de la época. Esta situación hizo que se distinguiesen en la guerra por los numerosos crímenes y abusos cometidos principalmente con la población civil de México.

Por su parte, el autor rescata el papel de las mujeres en el ejército, pues en el caso estadounidense, se desempeñaron como lavanderas, práctica que permaneció durante los años en que las tropas estuvieron en México. No obstante, las mujeres que realizaban estos servicios provenían del lugar en que estaban los soldados, por lo que la nacionalidad de las mismas varió dependiendo de la localidad en que se encontrase el ejército.

En los ejércitos mexicanos en cambio, las mujeres o “soldaderas” eran en su mayoría las esposas o parejas sentimentales de los soldados, ante la imposibilidad de obtener un sueldo que garantizara la supervivencia de sus hijos

y ellas mismas en ausencia del hombre, se veían forzadas a seguir al ejército y compartir el destino de sus maridos. Al contrario de las lavanderas estadounidenses, las soldaderas desempeñaban numerosas tareas logísticas en el ejército, las cuales iban desde la preparación y distribución de alimentos hasta los servicios médicos sobre el campo de batalla.

Un aspecto interesante tratado por las fuentes en este trabajo es que la guerra no fue luchada únicamente por estadounidenses y mexicanos, pues Guardino demuestra que un importante número de combatientes eran inmigrantes de origen alemán e irlandés, los cuales no tenían motivo alguno para luchar esa guerra salvo la obligación que habían adquirido al firmar un contrato con el ejército en tiempos de paz. La mayoría eran inmigrantes que buscaban una vida mejor en América y que por desgracia la situación laboral de la costa este —aunada a los gastos del viaje—, los habían llevado a tal pobreza que su única salida viable parecía ser el ejército.

La situación de los inmigrantes en el ejército estadounidense no era buena, además de sufrir el estigma social y los castigos corporales que conllevaba la vida como soldado regular, el anticatolicismo solía hacer de los irlandeses un objetivo prioritario de abusos y discriminación por parte de sus compañeros, lo que llevó a que muchos desertaran del ejército durante toda la guerra. Esta fue aprovechada por los mexicanos para conformar unidades de combatientes extranjeros, lo que dio origen al famoso Batallón de San Patricio, sin embargo, pese a la imagen romántica que se ha dado de estos irlandeses por parte de la historia mexicana, Guardino expone que sus motivaciones para combatir por México fueron en ocasiones más mundanas de lo que originalmente se creía.

En general *La Marcha Fúnebre* presenta una interesante visión sociocultural sobre el conflicto entre ambas naciones, además de plantear un novedoso enfoque que nutre a los estudios sobre el periodo. No obstante, considero que el mayor mérito del trabajo radica en su esfuerzo por tender un puente entre las fuentes e historiografía de la guerra entre Estados Unidos y México, lo cual además de realizarse con muy buenos resultados, ofrece una excelente lección que invita a reflexionar sobre las relaciones sociopolíticas de los dos países en la actualidad.